



Queridas hermanas

Nuevamente nos ocupamos de los migrantes en este número de INFO que recoge algunas experiencias apostólicas de los Territorios. Podremos apreciar cómo la creatividad que siempre nos mueve a buscar nuevas formas de servicio, y el celo misionero que no nos permite adormecernos frente al sufrimiento de nuestros hermanos, nos tienen inventando maneras de acoger, acompañar e integrar entre nosotras a aquellos que han llegado de lejos, a veces, masivamente.

La migración como problema actual que tiene sufriendo a miles de personas de todas las edades y culturas, no nos deja indiferentes. Nos incomoda, nos duele, nos impulsa a buscar formas de colaboración para que la vida de los que han llegado, sea un poco menos dura y tenga esperanza de futuro. Escuchando sus historias nos dejamos conmover, nos involucramos e inventamos maneras de estar con ellos. A veces, podemos acoger a alguien en nuestra casa, otras veces, participamos en algún programa de integración, los visitamos, los recibimos en nuestros colegios y cuando es posible, les damos trabajo,... pero siempre podemos hacer algo para paliar en parte los duros momentos que viven.

El Papa Francisco que ha tenido, a veces, palabras duras para describir la indolencia de la sociedad ante el sufrimiento de los migrantes, es categórico en señalar que “para la comunidad cristiana, la integración pacífica de personas de varias culturas es, en cierto sentido, un reflejo de su catolicidad, ya que la unidad que no anula la diversidad étnica y cultural, constituye una dimensión de la vida de la Iglesia que, en el Espíritu de Pentecostés, se abrió a todos los que deseen abrazarla”

(Entrevista a la revista Libertà Civili del ministerio de Asuntos internos de Italia, aciprensa, 7 de abril 2017).

La comunidad de la casa general tiene permanentemente un “cable a tierra” entre los migrantes que han llegado a Italia. Nuestra hermana Mercy, nos trae noticias todas las semanas de las mujeres que están prisioneras en un centro de detención en Ponte Galeria (Roma), porque fueron sorprendidas en la calle “sin papeles”. Allí pasan días, semanas o meses, mientras les hacen un juicio que generalmente termina con la deportación. Mercy las visita junto a algunas hermanas de otras congregaciones llevándoles un poco de alegría, escucha y contención. Luego, nos cuenta de la señora de Angola que llegó en la patera, o de la joven panameña que tiene mucho miedo de volver a su tierra. Ellas alimentan nuestra oración y nos permiten vivir un poco esta prioridad del Plan Apostólico que nos rige en este tiempo.

La Sagrada Escritura nos aporta numerosos textos para nuestra reflexión sobre el tema. El pueblo de Israel es desde el principio un pueblo de inmigrantes. “Mi padre era un arameo errante”, es una frase que se repite en la Biblia para expresar la procedencia del pueblo y enseñar a los más jóvenes su historia. La Ley de Dios tiene muchas referencias al trato, a la acogida, y al cuidado que han de tener los hijos de Israel con los inmigrantes. Junto con los huérfanos y las viudas, los extranjeros son paradigma de los marginados, y la Ley los defiende. “Al forastero que viva con ustedes lo mirarán como a uno de ustedes y lo amarás como a ti mismo...”, señala el Levítico (19,34). Y el mismo Jesús, cuando se identifica con los desamparados, incluye entre ellos al extranjero (Mateo 25,35).

Sobran motivos para seguir buscando nuevas formas de acompañar a los migrantes. Es una cuestión de humanidad, de justicia, de misericordia...

Les abraza con cariño,